

de Comala, el pueblo que poco a poco se ha ido deshabitando, es una forma elíptica de sugerir la permanencia del pasado en el presente inmediato de una nación que por esos años, 1955, estaba en pleno apogeo industrial con la consecuente emigración del campesino a la ciudad. Rulfo comparte, entonces, la misma responsabilidad moral de Revueltas, Paz y Fuentes, en sus escritos de esa misma década, al aportar otros elementos de juicio para un mayor entendimiento del concepto de «nacionalidad»; pero su visión es tan radical que sólo es comparable a la de Revueltas, al presentar un mundo sin opciones donde la vida ha cesado al no haber redención ni esperanza:

«Este mundo, que lo aprieta a uno por todos lados, que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá, deshaciéndonos en pedazos como si rociara la tierra con nuestra sangre. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué se nos ha podrido el alma?» (pág. 129) ⁴.

Si la dualidad significa un desgarramiento por cuanto representa la negación misma del origen, la represión de una parte de la entidad psíquica por la otra: la crítica convivencia de dos culturas y dos formas de pensar diferentes, pero al mismo tiempo indisolublemente trabadas por lo mismo que en la oposición afirman su existencia como unidad; el desencuentro, correlativamente, es la ratificación de esta contradicción al legitimarse aquello que está oculto y al negarse, en cambio, la apariencia de eso que se ha pretendido ser sin conseguirlo. En otros términos, esta forma de afirmar la negación como un silencioso reconocimiento de esa inquietante *otredad* es la característica de la turbulenta historia de México, desde la conquista hasta la más inmediata. La inversión de los opuestos ha dado lugar a la correspondiente involución del significado de los actos y de los hechos, de modo que nuestra espiral histórica no es una catarsis, sino más bien un proceso de enajenación que impide reconocer y mantiene inalterable esa parte elemental que, periódicamente, emerge con todo el dominio de su fuerza destructiva. Si la *ruptura* es el término más apropiado para designar la función de la dualidad como desconocimiento de lo *otro*, la *suplantación* es el concepto que mejor denota la forma de compensar o sustituir una cosa por otra, que es el modo de expresarse el desencuentro.

Por consiguiente, ruptura y suplantación son invariantes de nuestro contradictorio recorrido histórico a través del cual los sucesivos modelos que hemos tratado de adoptar desde la Independencia política no sólo fueron incapaces de erradicar las estructuras sobrevivientes del período colonial y feudal, sino que, con frecuencia, las han legitimado. En la llamada «modernidad», los elementos que pertenecen a este orden de realidades son una presencia inequívoca y actuante, radical; a veces transfigurado, otras apareciendo en toda su desnuda violencia, el pasado es la sustancia siempre renovada de nuestra historia, mientras más pretendemos escapar de él, más convocamos su existencia. Por eso, la historia, que es continuidad, en el caso de México, si bien se ve, aparece como ruptura incesante y permanente recomienzo; más bien como un rito que como un proceso: una ruptura y un permanente recomienzo.

Según esto, la conquista hace un corte tajante con el mundo indígena; la

⁴ JUAN RULFO: *Pedro Páramo*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. Letras Mexicanas, segunda edición, 1972. Se cita por esta edición.

independencia lo repite con la colonia; el porfiriato rompe con el período liberal mientras que la revolución de 1910 lo intenta con la sociedad porfirista, y siguiendo esta tradición, cada uno de los gobiernos posrevolucionarios ha pretendido iniciar una nueva era donde todo vuelva a empezar desde el principio.

Más que hablar de avance en sentido estricto sería más apropiado interpretar cada período como variante de un mismo ciclo cuyo síndrome es la tendencia a la ruptura y la persistencia del pasado. *Pedro Páramo* señala indirectamente esta situación mediante los elementos expresivos que contribuyen a crear la atmósfera ambigua del relato. Los recuerdos, los ecos, los rumores, las sombras y las apariciones son indicios de la permanencia de otra época incrustada en un orden social diferente, pero también en ruinas. La nostalgia de la abundancia, la decadencia de Comala, las tierras erosionadas y las almas sin reposo son formas alusivas de denotar la pauperización del campo y la vigencia de otro tiempo revolucionario. El contraste destaca la paradoja del desarrollo mexicano, volcado hacia el modelo de producción capitalista pero manteniendo la misma situación de atraso en el medio rural. En esto la metáfora de Rulfo es impecable por el modo tan sutil de sugerir la contradicción que significa la existencia de un nuevo factor reinante, como es el dinero, en una sociedad no evolucionada donde la voluntad del cacique es la medida de todas las cosas. Las relaciones, los sentimientos y los principios morales están regidos por el valor del dinero y por el individualismo, pero la organización que rige a la comunidad sigue siendo feudal, pues el poder está acumulado en un solo hombre que dispone a su antojo de vidas y propiedades. Por eso, en *Pedro Páramo* es tan importante el recuerdo para establecer la oposición entre dos épocas y para dar constancia de que el tiempo real es el pasado. Juan Preciado tiene esta sensación al llegar a Comala, le parece «como si hubiera retrocedido el tiempo» (pág. 84); Dolores, su madre, tiene la idea fija de la pasada fecundidad del pueblo, y Susana, al regresar, después de treinta años de ausencia, está acostada «en la misma cama» donde murió su progenitora, «sobre el mismo colchón» y «bajo la misma cobija» (pág. 115).

Para Vargas Llosa, la novela «es un arte de sociedades donde la fe experimenta alguna crisis, donde hace falta creer en algo, donde la visión unitaria, confiada y absoluta ha sido sustituida por una visión resquebrajada y una incertidumbre sobre el mundo en que se vive y el trasmundo»⁵; esta interpretación es apropiada para medir la importancia de *Pedro Páramo* como obra que hace un profundo cuestionamiento de la sociedad precisamente cuando la Revolución se ha institucionalizado, quedando de ella sólo un slogan oficial, y hay un vacío de creencias que el Estado es incapaz de llenar. Esto quiere decir que los códigos narrativos aluden a la arbitrariedad del progreso que divide al país en dos Méxicos antagónicos, con la consecuente alienación que resulta de este marcado contraste y la reacción de honda desesperanza que esta situación provoca en una conciencia lúcida. De este modo, *Pedro Páramo* es, en efecto, en palabras de Vargas Llosa, la experiencia de una crisis que adquiere toda su complejidad formal en la conjunción que significa, en primer lugar, la internalización

⁵ MARIO VARGAS LLOSA: «El arte de mentir», *Revista de la Universidad de México*, Nueva Época, octubre de 1984, núm. 42, pág. 4. El subrayado es suyo.

en el texto de la dualidad exterior que motiva esa crisis, y, en segundo, la pertinencia de la fábula como espacio autónomo contrapuesto —como otra dualidad más— a la realidad verificable. En el cruce de este cotejo está igualmente el desencuentro que resulta de comparar el discurso narrativo, que es polisémico, con el referente social, que es unívoco, pero constituido como soporte de la escritura, en todo caso, lo que le presta su espesor y la coloca más acá de la literatura fantástica.

Como se verá más adelante, al analizar el sistema de la novela basado en una serie de complementaciones y afinidades asentadas en el principio de la oposición, el tejido de relaciones que conforma la trama de *Pedro Páramo*, sin proponerse una deliberada representatividad, esto es, reflejar las carencias y las trampas del contorno social, simboliza el arduo mecanismo de compensaciones y sustituciones que ha funcionado como propulsor de la historia mexicana. Acaso en el acto de suplantar una tradición verdadera por otra ajena, que terminó siendo igualmente propia, no obstante que intentó desarraigar lo auténtico en favor de una sola cultura dominante, esté al principio de ese proceso de enajenación histórica que he mencionado antes. Lo cierto es que los tramos más sobresalientes de nuestra vida cultural y política se caracterizan por una afirmación de lo que en realidad siempre hemos sido y una negación de lo que pretendemos ser. En esta incompatibilidad radica el desencuentro como enunciado de una falta de continuidad y reconocimiento de dos tiempos, el pasado y el presente, con todas las implicaciones que ocasiona este desajuste, y como señalamiento del vacío que separa el deseo de la realidad que finalmente lo niega y lo destruye. En el centro de este conflicto aparece como necesidad el acto de sustituir una cosa por otra a manera de recurso para compensar la parte faltante, y mediante esta operación de intercambio aceptar la suplantación como medio práctico y extremo de sentirse integrado al mundo.

Los acontecimientos que marcan la evolución de México tienen como rasgo común la suplantación, la sustitución de un elemento por otro sin que pierda el original su rasgo dominante, aun cuando al reprimirlo se pretenda con ello hacerlo desaparecer. De esta tensión surge una forma nueva que termina por imponerse y por asumir un carácter definitivo en el que seguirán latentes, sin embargo, los elementos que han sido modificados o rechazados. Los ejemplos son numerosos, basta mencionar que el catolicismo impuso su hegemonía moral recurriendo precisamente a la simbología religiosa de la cultura que había destruido; el porfiriato pretendió la modernidad encubriendo el rígido orden feudal con la cobertura del positivismo; y la revolución, a su vez, pone las bases del México contemporáneo sobre las estructuras económicas y sociales del siglo XIX, pero sin demolerlas sino prolongándolas en un «neoporfiriato» que repite las antiguas jerarquías de clase y sólo admite la existencia de un poder único⁶. En cada caso, los objetivos se transforman en una verdadera impostura como consecuencia de un desencuentro con los fines propuestos; desarti-

⁶ Sobre la monopolización del poder, las fatales consecuencias de esta política que llevó a la crisis actual de la economía mexicana y las opciones que tiene el Estado para renovarse por vías democráticas, véanse los agudos ensayos de ENRIQUE KRAUZE: «El timón y la tormenta», en su libro *Caras de la historia*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz; 1983, págs. 169-194, y «Por una democracia sin adjetivos», en *Plural*, México, enero de 1984, núm. 86, págs. 4-13.